

LA MADRE DE FAMILIA

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de portes.

SUMARIO.

Porvenir del hombre, por A. P. y M.—Oda á San Juan de Dios, poesía por Aureliano Ruiz.—¡Hay mas allá! novela por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Correspondencia.

PORVENIR DEL HOMBRE

INMORTALIDAD.

Itaque consolamini invicem in verbis istis
(I. Ep. P. ad Thessal. v. 17.)

I.

«Mi alma vivirá: yo lo sé, yo lo afirmo contra los escépticos que dudan de la vida futura, y contra los panteístas que la desnaturalizan;» grito de angustia en el que el alma, proclamándose á sí misma, reconcentró toda su energía para sacar á salvo su inmortalidad de entre las garras de la negación y de la duda; enérgica afirmación del filósofo y del espiritua lista, presa de mortal congoja ante la desconsoladora perspectiva de las sombras eternas de la nada.

¿Por qué no lanzais también vosotros, incautos y sencillos corazones, víctimas de las torpes asechan-

zas del sofista, ávido de convertir vuestras nobilísimas frentes en escabel de su ambición y su soberbia?

Lanzadlo, por Dios, pronto, que aun es tiempo, antes que las tinieblas se enseñoreen de vosotros, y no luzca ya más el sol radiante para los que cerraron los ojos por no verle.

¡Desdichados! Ciegos de loco furor é ira, os revolveis indignados contra el rico, por que, segun os dicen, os robó un poco de oro, y estrechais al mismo tiempo entre vuestros brazos al que os está robando la eternidad de una dicha inmortal, y con ella la esperanza, la resignación y el consuelo.

Volved, volved los ojos de los menguados tesoros de la tierra, sondead con intensa y escudriñadora mirada las interioridades de vuestro ser, investigad su origen excelso, analizad sus ansias y desfallecimientos, y levantad los ojos al cielo azul sereno, tras de cuyas nubes y celaje se oculta Aquel que solo puede calmar la sed de felicidad que os ahoga, porque solo Él es verdad eterna, bondad infinita, belleza absoluta.

¿Dudais? Interrogad al entendimiento, preguntad á la inteligencia, consultad con la razón. Ella os dirá, como su origen es divino y ansia la verdad, y por la verdad suspira. ¿Dudais aún? Preguntad al corazón, interrogad al sentimiento, y él os dirá que late con latido de amor por la belleza, y que la belleza es su centro. ¿Dudais todavía? Preguntad, interrogad á

la conciencia: ella os dirá que para el bien fué criada, y solo el bien conoce y el bien ama.

Y ¿donde hallais el bien, y la verdad y la belleza en absoluto en esta tierra, árido y pedregoso desierto, estéril y desolado yermo, valle de lágrimas y de dolores?

No lo dudeis: no fué el alma infundida en el cuerpo para peregrinar menesterosa por entre las concupiscencias y torpezas de este mundo; cúpole mas alto fin, y «á mas nobles empresas es llamada.»

II.

La existencia de Dios, vértice culminante de la ciencia, tiene por corolario inmediato la inmortalidad de nuestro espíritu, «soplo de vida,» que anima, informa y rige nuestro ser.

Cuando la unidad sustancial de nuestra naturaleza se descompone por la muerte, el cuerpo pierde su forma, y la materia toma la forma de cadáver, para pasar después por la de podredumbre, polvo y tierra; pero el alma subsiste, y aunque sustancia incompleta, vive, pues ni en virtud de su simplicidad puede corromperse, ni en gracia á su divino origen debe aniquilarse: que Dios, creador y conservador de todas las cosas, no habia de posponer el espíritu á la materia, ni Dios, justicia suprema, habia de inspirar al alma deseo ardiente de inmortalidad, para no cumplirlo, ni Dios, amor infinito, destruye aquello que ama, y que solo con su amor eterno se satisface.

Además, el alma suspira por la verdad y por el bien, á los que solo imperfectamente llega en la tierra practicando la virtud y profesando la ciencia, y la virtud mas nobles y superiores, cuanto mas se elevan sobre el bajo nivel de las condiciones materiales,

¿Por que, pues, habia de perecer el alma por aquello mismo que solo puede determinar su perfección, cuando, de toda materia separada, no tenga carne que la tiende, ni sentidos que la limite?

Es, pues, inmortal el alma, si no con inmortalidad esencial, propia de Dios tan solo, con inmortalidad interna, en cuanto espiritual y simple, y con inmortalidad externa, en cuanto el único poder que puede aniquilarla no quiere, no debe, y por lo tanto no lo hace.

El Angel de las Escuelas consignó por prueba de esta verdad sublime, palabras que son una revelación para la inteligencia, y torrentes de luz para el problema; palabras que abreviadas, formulan el siguiente raciocinio:

«La perfección propia de una naturaleza debe ser proporcionada á su operación; la operación de

hombre en cuanto alma es entender; la acción entender se refiere á las cosas universales é incorruptibles; luego el alma humana debe ser incorruptible, como lo es verdad universal y necesaria, que es su perfección propia como sustancia inteligente.»

Destello de la luz que ilumina al genio, y ante cuyos fulgores se desvanecen las tinieblas del error y de la ignorancia.

¿Y que os pueden oponer los tristes sectarios del mal y de la mentira?

Os dirán que el alma no existe, que el pensamiento es una secreción, que la libertad una quimera, y el vicio y la virtud productos como el vitriolo y el azúcar.

Y os dirán que el perpétuo sueño de Horacio os aguarda solo tras el dintel de la tumba, ó tal vez os digan que trasmigrareis al interior de otro ser viviente, ó que recorrereis no se que infinita serie de astros luminosos donde sucesivamente fijareis vuestra vivienda, ó (sacrilegio horrendo) que, perdida vuestra propia personalidad, os sumiréis en el seno de Dios, confundiendo vuestra individualidad relativa en su totalidad absoluta.

Y al deciros esto conculcarán toda religión, toda moral, toda justicia, y anularán toda ciencia, toda literatura todo arte.

Pero la religión se levantará y os mostrará sus dogmas consoladoras, sus pruebas irrefragables, sus divinas afirmaciones, y la moral y la justicia protestarán desde el fondo de vuestra conciencia, con la voz trémula de indignación y palpitante de verdad contra los absurdos del anonadamiento, de la metempsicosis y de la palingenesia.

Y la ciencia se levantará y confundirá á los oscuros sofistas con la unisona voz de todos los sabios, con la palabra unánime de esos innumerables genios que se llaman Sócrates, Platon, Aristóteles, Agustín, Tomás, Leibnitz y Bossuet.

Y la literatura se levantará y os mostrará esa plejada de cantores que, como Homero, Dante y Milton, cantaron con inspirado acento la inmortalidad del espíritu.

Y se levantará el arte y os enseñará entre Rafael y Murillo, entre Miguel Angel y Bramante, entre Mozart y Beethoven, las flores que sembró en la tierra para embelesar al alma, que suspiraba por el cielo.

Que solo con reflejos de otro mundo se consuela en este que habitamos la siempre inquieta y triste, ilustre espatriada.

III.

Cuenta la tradición que, compadecida la Virgen de los lamentos de una madre, volvió á la vida á su

inocente hija, que entre los ángeles recorría alegre aquellas siempre verdes praderas, recogiendo aquellas siempre fragantes flores, á la margen de aquellos siempre cristalinos arroyos, que la tosca y sencilla imaginación del pueblo fingió en los campos de la Jerusalem celeste; y apenas volvió á imprimir su delicada planta sobre la alfombra de espinas que tapiza la tierra, helóse la sonrisa en sus labios, se marchitaron sus mejillas, y lágrimas de dolor corrieron de aquellos azules ojos, hechos á contemplar el rostro de María.

Y no menos profundo dolor que el de esta pobre «alma desterrada» debían sufrir aquellos sublimes místicos que, abandonando momentáneamente la tierra á que les ataban en la dura cárcel del cuerpo las pesadas cadenas de la vida, elevaban su espíritu por aquella sagrada escala que el Doctor Seráfico nos enseña, hasta contemplar en misterioso éxtasis y arroboamiento la visión celestial de la mansión del Eterno, al recordar de su transporte y medir las negras y frías paredes «de esta cárcel baja-oscuro» de que nos habla el poeta, y aun mayor y más intenso debió de ser el que padeció el Apóstol de las gentes cuando, después de arrebatado al tercer cielo, en donde veía á Dios cara á cara, se vió despertado en la tierra por las punzadas de la carne, que le recordaban su flaqueza.

Los que incapaces por nuestra aridez y sequedad de elevarnos por la contemplación á aquellas ideales regiones, solo sentimos la celestial nostalgia por las impetuosas tendencias de nuestro espíritu, ávido de luz y claridad, de verdad y de amor, y sobre todo de infinito, ¡cuántas veces al contemplar en una de esas espléndidas noches de verano la majestuosa serenidad del cielo, en cuyo azul oscuro tachonado de limpidas estrellas boga tranquila la plateada rueda» dejando luminosa estela en su invariable rumbo, despiden nuestros ojos «larga vena,» como si el alma se agolpara á ellos y quisiera brotar afuera para elevarse en el espacio y mecerse en ondas de luz y gozar de cerca aquellos divinos conciertos y armonías que ocultan tras de su velo azul las puertas de la gloria! ¡Cuántas veces en una de esas tardes en que el sol, sepultándose en los mares, dora la cima de las aguas y borda las orlas de las nubes con los melancólicos tintes del ocaso: en que solo turba el augusto silencio de la naturaleza, en aquel triste adios al día, el sordo ruido de las olas que se estrellan contra los peñascos, besan las orillas de la playa, y se retiran dejándola cubierta de nacaradas conchas y húmedas y brillantes piedrezuelas, una inefable melancolía embarga nuestro espíritu, como si quisiera irse con el sol que se vá, con la onda que se retira! Y cuántas veces, por fin, y sobre todo en esas anchurosas naves de nuestras antiguas catedrales, iluminadas con la luz coloreada por los anima-

dos cristales de sus ojivas, al perderse nuestra mirada en la elevada bóveda, al compás de los melodiosos acordes del órgano y en medio de las fragantes nubes del incienso, descendiendo como celestial rocío la gracia del Señor sobre nuestros fríos corazones, se enciende en ellos la llama del amor divino y húmedos los ojos y palpitantes nuestros labios, tenemos que exclamar como el profeta: «Quare tristis est anima mea, et quare conturbas me?» Tal y tan vehemente es el ansia de amores que la aqueja, tanta tristeza y tan mortal hastío siente hacia todo lo terreno la que, inmortal por naturaleza, sólo por lo absoluto suspira y solo con la eternidad se llena.

Sí; que no ya los bienes de este mundo, caducos, perecederos y limitados, pueden satisfacer la sed irresistible del espíritu, sino ni los mismos cielos con todas sus grandezas y maravillas podrían calmar el ansia de felicidad, que solo se aquieta y satisface con la posesión de la perfecta bienaventuranza, la cual, como dice el divino Tomás de Aquino, «consiste en la visión de Dios.»

Y ni la contemplación de las divinas leyes que gobiernan las maravillosas máquinas del universo, ni las celestes armonías que los coros angélicos hacen brotar de sus arpas de oro al compás de los himnos de alabanza que entonan á la majestad del Altísimo, podrían aplacar el hambre de bien y de verdad y de belleza, que solo se ve colmada de abundancia y hartura con la visión de Aquel que es verdad infinita, bondad eterna, belleza absoluta, con la posesión de la primera, causa y último fin: con la contemplación de Dios.

Sí; «consolémonos unos á otros con estas balabras:» El alma es inmortal; solo la materia se corrompe; nada de lo que Dios crea se aniquila; el espíritu vive con la esperanza, y solo por la caridad alcanza aquello que le promete la fe: Dios.

En llegando á esta consideración diremos con el ardiente místico: «Cualquiera consuelo, aunque sea espiritual, se me cavierte en grave tedio; porque mientras no puedo ver á mi Señor claramente en la gloria, tengo en nada todo cuanto veo y oigo en el mundo.»

Alma inmortal, estremécete de gozo: una felicidad absoluta, eterna é infinita se te prepara; «que ojo no vió, ni oreja oyó, ni en corazón de hombre subió lo que prepara Dios para aquellos que le aman.»

Y ¡oh admirable y bienhechora Providencia! tu cuerpo resucitará incorruptible y glorioso para que informándole de nuevo, goceis en uno de la gloria en el cielo, los que por el cielo habeis luchado en uno en la tierra: que si dada la realidad, la inmortalidad del alma es corolario de la existencia de Dios, dada la ciencia y la justicia, la resurrección de la car-

ne es correlario consolador y fecundo de la inmortalidad del espíritu.

A. P. y M.

Oda á S. Juan de Dios. (1)

POR

D. AURELIANO RUIZ.

Al exhalar el último lamento
Jesús en el Calvario,
Del mundo antiguo derrumbó el cimiento;
De la vida inmortal abrió el sagrario.

Y desde aquella celestial aurora,
Se abillantó á porfía
La luz, de las tinieblas vencedora,
Hasta alcanzar la plenitud del día.

Y de aquellos radiantes esplendores,
Cual iris de bonanza
Surgió la *Fe*, y en célicos vapores
Brotó, llena de encantos, la *Esperanza*.

Y para gloria y perenal consuelo
Del hombre sin ventura,
La *Caridad*, emanación del Cielo,
Sembró en la tierra su semilla pura.

Y germinó feraz, y con su esencia
De bálsamos henchida,
Presta nuevo vigor á la existencia
Para cruzar las sendas de la vida.

¡Virtud sublime: el corazón humano
Bajo tu dulce imperio,
Templa el rigor de su pesar tirano
Y el yugo de su amargo cautiverio!

Tú del polvo á los míseros levantas;
La esclavitud redimes;
Bajo los áureos artesones cantas,
Sobre las ruinas desoladas gimes.

(1) Esta poesía fué premiada con una pluma de plata en el certamen literario celebrado por el Liceo de Granada, el día 31 de Mayo de 1880.

Rompes la lobrete de las tinieblas
Y de las densas brumas,
Los mares calmas, los desiertos pueblas,
Y conviertes las olas en espumas,

Que allí dondetu amor, que es fin y es medio,
Se muestra compasivo,
Tiene todo infortunio su remedio;
Halla todo pesar su lenitivo.

Pues son para las almas peregrinas
Tus dones celestiales,
Fuentes de puras aguas cristalinas
Que brotan de fecundos manantiales.

Son como fresca sombra en el ardiente
y abrasador Estío;
Así como á las plantas el ambiente;
Así como á las flores el rocío.

¡Feliz el alma que en tus rayos arde,
y de perfumes rica,
Sin vana pompa ni ostentoso alarde,
El bien ejerce y la virtud practica!

¡Feliz el corazón cuyo latido
Responde á tus encantos!
Por tí en el mundo terrenal han sido
Los mártires, los héroes y los santos!

Por tí subiendo *al inmortal seguro*,
Y con tu luz por guía,
Un hombre humilde y de linaje oscuro
Llegó á las puertas de Granada un día.

Brillo la *Fé* prestábale á sus ojos;
Y así como el que abanza
Trochando espinas y pisando abrojos
Por senda que ilumina la *Esperanza*.

JUAN,—cuyo nombre nos legó la Historia
Y consignó elocuente
Para recuerdo y ejemplar memoria
De su cristiana caridad ardiente;—

Penetra en la ciudad, triste, abatido,
Llevando, macilento,
Grabadas en su rostro dolorido
Las huellas del pesar y el sufrimiento.

Y del alma en el fondo, la *amargura*,
Á su dolor sujeta;
Que tenaz el recuerdo le tortura
De su pasada juventud inquieta.

Quizá una sombra, de su infancia amiga,
que por sus culpas gime,
Allá en su mente la razón le ostiga;
Allá en su pecho el corazón le oprime.

Y era en el tiempo que la fama abona,
Y en que la fiel Granada
Era un florón de la imperial corona;
Joyel prendido á su triunfante espada.

Tiempo en que vió, con majestad severa,
Brillar en su recinto,
Junto á las haces de Isabel primera,
El águila caudal de Carlos quinto.

Ostentaba la huri, perla del moro,
Entonces á millares,
Llenos de seda, púrpuras y oro,
Ricos templos, palacios y bazares.

Y emporio de grandeza y poderío,
«Estrella de Occidente,»
La apellidaba el árabe bravío;
La renombraba el español valiente.

En su vega y sus cármenes frondosos
Le daban sus primores
Y su aroma y sus jugos deleitosos,
Los árboles, las fuentes y las flores.

Y bordaban sus campos y sus vides,
Junto al hogar que humea,
Los gigantes alamos de Alcides
Y las sonoras palmas de Judea.

Y en festines de múltiples guirnaldas
Ornaban sus verjeles,
Blancos jazmines y amarillas gualdas,
Verdes mirtos y delficos laureles.

Y cuantos frutos y copiosos granos
Dan los opuestos climas,
Se fecundaban en sus anchos llanos
Y de sus montes en las altas cimas.

Y rendia tributo á su hermosura
Al coronar su frente
De blanca toca y plácida frescura,
La nieve eterna de su Sierra ingente.

Y su espacio poblaban, entre aromas,
Perfumes y colores,
Con sus blandos arrullos las palomas,
Con sus trinos de amor los ruiseñores.

Y al rumor de las aguas y las brisas
De su region amena,
Le prodigaba el cielo sus sonrisas
Á través de la atmósfera serena.

Y allí, del arte asombro, en sus cimientos
Alzaban seculares,
Sus trazas los cristianos monumentos
Al par de los moriscos alminares.

Así de JUAN á la fugaz mirada,
Apareció hechicera
La espléndida ciudad engalanada
Con la luz que en sus montes reverbera.

Y su cielo al mirar, cayó de hinojos
En lágrimas deshecho;
y un rayo celestial hirió sus ojos,
Prendió en su alma y se inflamó en su pecho.

Y en éxtasis de amor y de ventura,
Sintiose arrebatado
Á la eterna region donde fulgura
Lo inmenso, lo infinito lo increado.

Y al contemplar la eterna maravilla
Del Ser Omnipotente
Ante quien toda potestad se humilla,
Hundió en el polvo sideral su frente.

Vuelto á la triste realidad que aterra,
Vislumbra su destino;
Y al hallarse otra vez sobre la tierra
Toma su cruz, y emprende su camino.

La abnegacion y la constancia fuerte,
Sirviéronle de egida,
En los rudos embates de la suerte,
Y en las revueltas luchas de la vida.

Y ejemplo vivo del amor sublime,
La caridad implora,
Para extinguir los ayes del que gime,
Para enjugar los ojos del que llora.

Y en tanto que alimenta y da su abrigo,
Su albergue y su consuelo
Al pobre y al anciano y al mendigo,
Su sien reclina sobre el duro suelo.

Tan fiel memoria la ciudad resguarda
De asolacion impia;
Que aun existe el zaguan en que se guarda
El asiento de piedra en que dormia.

El pueblo ingrato á la moral severa,
Tuvo su amor en poco:
Por loco le tomó con saña fiera
Y por do quier le apellidaba *el loco*.

Y el ultraje soez, y el golpe rudo,
Y la terrible afrenta,
Jamás lograron quebrantar su escudo;
Siempre la lucha el ímpetu acrecienta

Así el arroyo en su veloz huida
Si encuentra su corriente
Por extraña barrera interrumpida,
Rompe su cauce y tórnase en torrente.

Sublime abnegación: tu excelsa idea
Tan infinita y santa,
En su propio heroísmo se recrea
Y en su misma grandeza se agiganta!

¡Divina Caridad! llama fecunda
De vívidos fulgores
Que cielo y tierra de placer inunda
Con la brillante luz de sus amores

Tu fuerza y norte en la existencia fuiste,
y compañera y guía
De aquel ángel de amor, que pobre y triste
Llegó á las puertas de Granada un día.

Para olvidar con prácticas austeras
Que á su vivir errante,
Sombra dieron las bélicas banderas
Del gran emperador Carlos de Gante.

Y para hacer patente que en su anhelo
La Caridad alcanza,
Á recorrer el pabellon del cielo
Y á realizar del mundo la esperanza!

JUAN se llamó de DIOS; de Dios el faro
Le iluminó tranquilo.

Benigno el cielo le prestó su amparo,
Y él á sus pobres les dejó un asilo.

La Religion, del mundo para ejemplo,
Bendice su memoria,
Le alza un altar y le consagra un templo:
¡Granada fué su cruz, y esa es su gloria!

¡HAY MAS ALLA!

NOVELA ORIGINAL

DE

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Un instante despues entraban ambos en la sacristía donde aun permanecía el distinguido músico.

Este fijó una mirada poderosa en Nina, cuyo aspecto inocente y tímido y humilde ganó por completo sus simpatías.

En aquella niña pálida y delgada y pobremente vestida, adivinó á la muger bella inteligente angelical y purísima, dotada de un génio superior y de un alma privilegiada.

En los hermosos ojos de Nina, en su ancha frente, en la melancólica expresión de su boca y sobre todo en el candor reflejado en toda su fisonomía, vió lo que aquella criatura debía llegar á ser, y se interesó por ella, como el artífice se interesa por el diamante que tiene en su mano, y cuyas luces puede hacer brillar con el poderoso auxilio de su arte.

—Vamós, aquí tiene V. á nuestra cantora: esta és: no le dije que estaba seguro de encontrarla? murmuró el padre Antonio empujando suavemente á su protegida: y despues dirigiéndose á esta. Vaya, hija mia, saluda á este caballero que te ha oído y queria verte.

—A mí? preguntó la niña asombrada, sin suponer por un instante que pudiese llamar la atención de persona alguna.

—A V. hija mia, dijo el maestro Adrianesi con dulzura.

—Si puedo complacerle en algo... dijo tímidamente Nina.

—Es que acabo de oirla cantar en la iglesia y queria preguntarla de quien ha recibido lecciones.

—De nadie Señor ni lo que yo hago tiene estudio ni arte. Es solo la expresión de mi alma, el lenguaje de mi corazón.

—Ama V. la música?

—¡Oh! si me considero muy feliz cuando la escucho.

—Y quisiera V. aprender?

—Seria mi mayor anhelo; pero no es posible.

—Y por qué?

—En primer lugar somos pobres y eso significa un gasto exorbitante; en segundo, quizá yo no podria....

—Y si hubiese una persona que se ofreciera á enseñarla.

—Lo agradeceria mucho... Oh sí mucho! pero no podria aceptar.

—Que no! y por qué?

La niña ruborizada guardó silencio por algunos momentos.

—Oh! dí por qué, exclamó el padre Antonio que siempre venia en auxilio de su protegida.

—Ya sabe V. que Lucía es ciega, que mi abuelo está enfermo, y aun cuando yo hago muy poco por ambos, se han acostumbrado á mis cuidados á y mi ayuda.

—Ah! es verdad! yo me habia olvidado de eso murmuró el padre Antonio y en pocas palabras refirió al maestro la historia de Nina llena de tristeza y sencillez.

El buen anciano no omitió nada! ni los sacrificios de la santa niña, ni sus privaciones, ni sus trabajos, ni sus miserias.

Todo esto impresionó profundamente al viejo músico, que resolvió en el fondo de su alma prestar á aquella criatura su más amplia protección.

Fiel á este propósito, rogó al buen párroco que hablase á Agustín sobre ello, ofreciendo hacer de su nieta una gloria del arte, y comprometiéndose á darles una corta pensión durante su aprendizaje.

El padre Antonio se encargó irresoluto de aquella comision.

Por un lado le seducía la idea de sacar á Nina de la miseria en que se hallaba, por otro le astartaba el pensamiento de separarse de ella, de perderla de vista, de verla alegrar con su sonrisa dulcísima, sus noches, y la vida entera de Agustín.

El maestro Adrianesi para vencer todos los escrúpulos que el sacerdote pudiera oponer, habia ofrecido llevarla como pensionista al convento del Sagrado Corazon, y allí y solo allí, consagrarla sus lecciones diarias.

El padre Antonio fué pues casa de Agustín, y le hizo las proposiciones de Adrianesi.

El mendigo quedó suspenso, y sin saber que partido tomar.

Pero esta vez fué Lucía la que decidió la cuestion.

—Padre, dijo, la salud de Nina es muy delicada, las privaciones, los trabajos, el hambre han empobrecido su naturaleza y destruyen su ser entero. Mil veces en el silencio de la noche, yo que no puedo verla, la toco con afán, y me estremezo y lloro pensando que un soplo de viento puede destruir aquel cuerpo tan débil, aquel pecho tan delicado. Oh! padre dejémosla partir! mejor será verla lejos, que no verla muerta! Así con otros cuidados, con otra vida, quizá la volveremos á ver, quizá la conservémos para nosotros: de otro modo ¡ay! de otro modo el mejor día la encontraremos caída bajo el peso de su cruz, en mitad de nuestro camino!

Agustín inclinó la cabeza y dijo solo al padre Antonio.

—En su mano de V. dejo la decision de todo esto, resuelva V. lo que crea mejor!

Ocho dias despues y cuando terminaron las funciones religiosas que el pueblo consagraba á su madre, Nina se despidió de su abuelo y de Lucía, obececiedo el mandato de el padre Antonio, que despues de muchas luchas consigo mismo, habia acabado por aceptar aquel viaje.

Una hermana del sacerdote debia acompañar á la niña al convento en el cual iba á entrar con el nombre de Paulina García y Benavides, pues su noble oríjen era un secreto que todos se habian propuesto guardar.

Nina, al separarse de los sitios en que habia pasado su niñez, y en los que dejaba todo cuanto habia amado en el mundo sintió que se oprimia su corazon y que sus ojos se llenaban de lágrimas, pero obediente y sumisa habia cedido á la orden del padre Antonio á quien miraba con tanto respeto como amor.

Este la habia dicho:

—Es fuerza que partas: á tí y á los tuyos conviene este viaje en el cual puede estar tu fortuna. Y ella sin desplegar sus labios habia hecho sus preparativos de marcha.

La tarde en que dejó el pueblo, el padre Antonio, Agustín y Lucía, la abrazaron derramando lágrimas y pidiendo á Dios que bendijese la frente pura de la tierna viajera.

Esta acompañada de la hermana del sacerdote que debia llevarla á Madrid, subió al carruaje que la esperaba á la puerta de su casa, mientras todo el pueblo se deshacia en comentarios sobre aquel suceso inesperado.

—Yo volveré, padre mio, yo volveré, decia Nina sollozando; yo volveré Lucía, mi segunda madre, mi amparo y mi sosten. Oh! ruega entre tanto por mí, que si es cierto ese porvenir de que hablan, será tuyo, será de mi padre.

Agustín apoyado en el brazo del padre Antonio bendijo la frente de su nieta, y la vió subir en el coche ocultandola su llanto por no aumentar su dolor.

Nada sin embargo podia consolar á Nina, que, ya lo hemos dicho, marchaba por obedecer.

Cuando el carruaje partió, el anciano mendigo se dejó caer en su sillón exclamando.

—¡Señor, dejadme vivir para volverla á ver! porque ¿volverá? es cierto señor cura que ella volverá?

—Quien lo duda! su nuevo protector es un hombre honrado y bueno, me he informado bien antes de ceder á su deseo y estoy cierto que la suerte de la niña está asegurada. No, no debíamos haber despreciado esta ocasion de darla un porvenir; los dos somos ya muy viejos, hijo mio, y muy pobres además, la fortuna ha venido á buscarla aquí y hubiera sido una locura privarla de ella. Además, con lo que ese hombre os ha asignado podeis vivir bien Lucía y tú: consuélate pues, y si quieres que vuelva pronto, pídelo á Dios con toda el alma.

—Oh! sí! lo haré todos los dias! y si me concediera esta gracia creeria que me habia recompensado de mis anteriores sufrimientos.

En tanto que los dos ancianos hablaban así, los viajeros cruzaban las últimas calles del pueblo y abanzaban rápidamente en el camino.

Un velo de profunda tristeza cubria las facciones

nes de la niña, y sus ojos clavados en su amada aldea parecían querer enviarle una parte de su alma.

Ya habían perdido de vista enteramente aquel humilde asilo de su niñez, cuando la mirada de Nina fija en aquel lado con insistencia, descubrió á lo lejos en un altillo del camino una figura inmóvil que demostraba escuchar con atención en su dolorosa actitud.

Era Lucía, era la pobre ciega que había ido hasta allí á escuchar el postrer rumor del carruaje que se llevaba todo su amor, toda la alegría de su corazón.

—Adios Lucía! gritó Nina reconociéndola, madre de mi alma quédate con Dios!...

La pobre hija de los campos fué instalada en el convento del Sagrado Corazón, modestamente y como convenia á la que todo lo iba á deber al interés de un extraño.

El maestro Adrianesi poseía una regular fortuna, y como no tenía familia, pudo ceder al impulso de su corazón y proteger á Nina, esperando que mas adelante aquella niña le daría un renombre y serviría para aumentar la fama que gozaba como reputado maestro y como músico sin rival.

Efectivamente, aquel anciano consagrado toda su vida al estudio, sentía una especie de culto y veneración por su arte, al cual se había dedicado desde muy niño por una sincera vocación, por una afición decidida.

Músico en toda la acepción de esta palabra, solo anhelaba transmitir sus profundos conocimientos y encontrar talentos y gargantas privilegiadas que pudieran ejecutar lo que él sabía concebir.

En la corte había tenido muchas discípulas. Bastantes jóvenes de la aristocracia habían solicitado y recibido sus lecciones, pero las más carecían de dotes naturales, las otras de docilidad, estas de constancia, y ninguna se avenía á los estudios serios y profundos que Adrianesi les ordenaba, contentándose con poder lucir un momento sin cuidarse de adquirir una instrucción sólida ni una iniciación verdadera en los sublimes misterios del divino arte.

Nina reuniendo las cualidades de docilidad, de genio, de modestia que él había podido notar en ella, era un hallazgo precioso, que el buen maestro se resolvió á utilizar, abriendo á sus ojos y derramando en su alma todos los tesoros del saber que él guardaba en su mente, con el mismo afán con que el habil botánico deposita en el seno de la tierra la semilla que ha de dar algun día hermosos é ignorados frutos.

Por eso la había protegido, por eso se había hecho cargo de su suerte, adivinando en la pobre niña la muger de genio, la artista de sentimiento.

Sin embargo, como al llevarla á Madrid tenía que cuidar al par de su pobre familia, la pensión que pagó por ella en el convento era modesta y humilde, aunque á Nina le pareció todo aquello exajeradamente ostentoso y bueno.

(Continuad).

Enriqueta Lozano de Vilchez,

CORRESPONDENCIA.

La Roda. Señores don S. T. y don R. M., se recibieron los 40 rs. y dejan pagado hasta fin de febrero del 80.

Cervera del Río Pisuerga. Señor don E. S., en nuestro poder los 12 rs., queda abonado hasta fin de abril del 80.

Alhama. Señora doña J. G. de C., recibidos los 24 rs., queda abonado hasta fin de abril del 81.

Benaméjil. Señor don F. R., en nuestro poder las 13 pesetas, dejando pagado hasta fin de diciembre del 80. Le enviamos los números que pide.

Maella. Señora doña C. P., con los 12 rs. que envía deja pagado hasta fin de diciembre del 80.

Madrid. Señor don L. D., recibidos los 6 rs.

Orce. Señora doña R. S. M., anotados los 20 rs., queda pagado hasta fin de junio del 80. Remito los números que pide.

Robres. Señora doña I. A. de A., anotada su suscripción, queda hecho el pago hasta fin de marzo del 80.

Santa María de Oya. Señor don J. A. de P., recibidos los 24 rs., anotados de la manera que indica, y queda complacido en lo que manifiesta en su carta.

San Manuel de la Chanca. Señor don J. A. R., en nuestro poder los 24 rs., saldando hasta fin de diciembre del 79.

Santander. Señora doña E. P., recibí los 52 rs., deja abonado hasta fin de abril del 81.

Torre vieja. Señora doña A. G. de M., recibidos los 16 rs., queda abonado hasta fin de junio del 80.

Villar de los Alamos. Señor don F. P. T., en mi poder los 24 rs., deja pagado hasta fin de abril del 81.

Vigo. Señora doña C. N., recibí los 40 rs., queda pagado hasta fin de diciembre del 80.

Valencia. Señora doña V. M., anotados los 24 rs., abonado hasta fin de abril del 81.

Badajoz. Señora doña A. C. de C., recibidos los 4 rs., deja satisfecha la revista hasta fin de diciembre del 79. Remitiendo 24 rs. abona hasta fin de diciembre del 80.

Montijo. Señor don J. J. C., recibidas las 24 pesetas, dejando pagadas las suscripciones de don F. G., don D. C., don S. R. y a de V. hasta fin de abril del 81.

Continuará.

Granada:—Imprenta de «La Madre de Familia»